

BOSQUEJILLO DE UNA VIDA CUASI INTELECTUAL

Ésta no es obra de vanidad. La autobiografía – dice Ortega – es “el superlativo de la razón histórica”. ¿Podemos imaginarnos a un testigo que nos hubiera dejado escrito: “yo vi a un hombre subir la calle cargado con una cruz y una corona de espinas en la cabeza...”? Cada vida es un hilo que entreteje el tapiz de la historia. Todos los hombres, desde el rey más poderoso hasta el más humilde menestral, hemos visto con nuestros ojos - ¿se puede ver desde otros? - aquello que los demás no han visto. La suma de esas perspectivas individuales forma la memoria colectiva de la humanidad. No dejemos extinguir ninguna vela. Los historiadores del futuro, así sea una migaja, nos agradecerán la materia prima.

1

Comencé mis estudios de primaria con retraso. En mi barrio había una sola escuela y demasiados niños. Mi madre rogaba a la maestra que me aceptase sin lograr ningún resultado. Y, como el arroz se me pasaba, acudió a una costumbre muy española: la carta de recomendación. A través de una conocida, criada de una autoridad franquista, las puertas de la enseñanza, hasta entonces cerradas, se me abrieron. Aprendí a leer con el tradicional “la m con la a, ma” y la ñoñería de “mi mama me mima mucho”. Como las letras nos son ya conocidas desde la infancia no nos maravilla el milagro de convertir, no el agua en vino, sino la voz en “hormiguitas negras”, que diría Vives. Tal prodigio ha necesitado de miles de años para obrarse. Uno de mis recuerdos más bonitos es ver el brillo de los ojos de una adolescente analfabeta cuando entendió por vez

primera el sentido de una frase escrita. Había penetrado en el misterio.

En aquella escuela, además del imprescindible crucifijo, estaban colgados de la pared dos retratos: uno del Generalísimo y otro del “Ausente”. Siendo todavía muy pequeño, el sentido de ambos cuadros me era desconocido. Será más tarde cuando mis padres y mis tíos me contarán los “desastres de la guerra” vividos en su carne. Asentados en unas mesas redondas, cantábamos a ritmo, cual niños de san Ildefonso, las cuatro tablas de la aritmética: “cinco por cinco, veinticinco”. En un poema dirá Unamuno que “solamente se canta/ la suma y la multiplicación,/pero no la resta y la división”. Se ama el progreso, no el retroceso. Otra experiencia infantil era el rezo del rosario en la tarde. Aquellos monótonos “ora pro nobis” causaban el efecto de un opiáceo. La religión – no se vea en esto marxismo - era casi como una adormidera. No sabíamos el significado de aquellos latinajos y para divertirnos alargábamos la s final para simular el sonido de los mosquitos: “nobissss”.

Cuando me preparaba para hacer la primera comunión, el catecismo me servía más para fortalecer la memoria con sus respuestas dadas a preguntas ya hechas que para conocer la fe católica. Aquellas fórmulas fijas no eran sino la esclerosis del evangelio. Guardo muy buen recuerdo del viejo sacerdote que se esforzó en romper la cáscara de dogmas tan difíciles de masticar por la razón. Era un hombre santo, pálido y enjuto, con un aire entre quijotesco y personaje salido de un cuadro del Greco. El misterio de la Santísima Trinidad lo explicaba así: “No puede haber un Padre si no tiene un Hijo y no puede existir un Hijo si no tiene un Padre. El amor que se tienen el Padre y el Hijo era el Espíritu Santo”. Claro está que mi mente infantil podía imaginar bien a un padre y un hijo de “carne y hueso”, pero aquella paloma, como la paloma de Alberti, equivocaba también su rumbo alado hacía mi corazón tempranamente racionalista.

Una de las oraciones que más me asustaba era aquella donde se dice: “también me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno”. Ya adolescente encontré su antídoto en el célebre soneto clásico: “No me mueve mi Dios para quererte/el cielo que me tienes prometido/ni me mueve el infierno

tan temido/para dejar por eso de ofenderte”. El Bien no entiende de palos y de zanahorias.

En esta etapa escolar descubrí también por vez primera la injusticia. El maestro daba clases privadas en su casa y, de una manera extraña, uno de mis compañeros, alumno suyo, era siempre el primero contestando a preguntas que así le ponían las truchas a don Paquito el gallego. Y yo, detrás. Ya decía don Quijote al hijo del caballero del verde gabán que en los concursos poéticos ser el segundo era ser el primero.

A los doce años, sin conocer a la Beauvoir, tuve la revelación de que había un “segundo sexo”. En la clase nos juntaron a chicos, chicas, chacos y chocos. Claro está que nosotros y ellas nos colocábamos en lados opuestos del aula. Éramos como líneas paralelas que solamente se unían, para contradecir a Euclides, en el patio de recreo. Y ni eso.

Mis primeras lecturas “serias” comenzaron en aquel tiempo. La primera fue “El Criterio” de Balmes. Aquel curilla catalán, que defendía el matrimonio de Isabel II con el pretendiente para acabar la guerra carlista (¿dónde el amor cristiano?), me parecía entonces el Sumo Filósofo. O sea, un Aristóteles con baretina y butifarra. Más tarde leí “Las Confesiones” de san Agustín. Aquellos escrúpulos por el robo de una pera y el hacer el mal por el mal mismo me parecieron exageraciones de beata. Peor nos fue a todos por una vulgar manzana. También leí el “Discurso del método”, del bizco Descartes. Tal vez mi afición a los escritos autobiográficos – éste es uno de ellos – procede sin darme cuenta del Caballero de la Duda. A quien le parezcan estas lecturas impropias de un adolescente le diré con Quevedo que aquellos libros eran “si no siempre entendidos, siempre abiertos”. Y, por supuesto, “enmendaban y fecundaban” mis asuntos.

Por aquel entonces hice mis primeros versos. Me hallaba yo paseando en el campo (¡uy, qué retórico suena esto!) cuando me encontré con una lechuza muerta. Y escribí: “En el pie del campanario/la lechuza estaba muerta/todo el aire por sudario”. La lechuza estaba realmente muerta, el resto era fingido y, como los desnudos en el cine, era exigido por el guión de la rima. Allí no había

campanario ni iglesia alguna. El poeta, como Bond, James Bond, para matar, tiene licencia para mentir.

A este poema siguió luego otro más “filosófico” y del cual solamente recuerdo un fragmento: “Cárcel sin paredes ni puertas/es de la idea el lenguaje/prisión que no tiene rejas/celda que se abre sin llave”. Y aquí la bruma londinense. No recuerdo más.

2

Entré en el bachillerato al mismo tiempo que el Gerifalte Máximo de todo por la Patria – ¡Dios lo tenga en su Gloria! – salía de este mundo. En su funeral estaban todos, incluso aquellos prelados que, para olvidar el evangelio, se les compensó con unto de aceite el velorio. Y es que muchas veces las mitras sirven como bozal.

Como era de esperar, nos dieron fiesta – algunos lo festejaron – y uno de mis compañeros, regordete y pedantón, soltó en clase: “por el fallecimiento del Generalísimo ...”. Hubo una carcajada unánime. Y no era por razones políticas, pues la mayoría no sabía la trascendencia del momento. Sencillamente aquel superlativo “ísimo” nos parecía ya un cómico anacronismo. Vivíamos otros tiempos a los cuales correspondía otro lenguaje.

En el bachillerato tuve mi primer “amor intelectual” y la primera “traición” a mi vocación original. Mi primer amor fue la física, y la matemática sólo en la medida en que ésta le servía como muleta a aquella para apoyarse. Hallar la trayectoria en parábola de una bala de cañón me gustaba más que jugar a la guerra con artillería real. Me acordaba cómo Descartes, al calor de una estufa, había creado la geometría analítica. Eso de transformar líneas y circunferencias en ecuaciones me resultaba más fantástico que las mutaciones de la alquimia en busca de la piedra filosofal. Pero llegó un día un profesor de lengua

...

Tenía yo quince años cuando me caí del caballo de la Ciencia (sic). Como Sócrates, pasé de la naturaleza al interés por el hombre. En clase de literatura se comentó una estrofa de Góngora. Me deslumbró. Aquello era también álgebra, pero un álgebra de metáforas. Volví a mi casa recitando mentalmente la estrofa: “Era del año la estación florida ...”. Y todo ese rodeo para decir solamente que era la primavera. Ese entusiasmo gongorino fue un sarampión que se pasó pronto. Amé luego más la mayor hondura espiritual de Quevedo al encararse con la muerte: “¡Oh condición mortal, oh dura suerte!”. Mi suerte, de la que debía vivir, estaba decidida: yo sería filólogo.

Uno de los errores graves en el bachillerato es hacer leer completo el Quijote. Y más aún adobado con la salsa de la idolatría. Cervantes aborrecería a los cervantistas. Algunos alimentos requieren dientes para comerlos y a una edad temprana no han salido todavía. Bastaría con algunos fragmentos selectos añadiendo: “Os recomiendo que ...”. La proposición es mejor que la imposición. La literatura es placer o no es nada.

La Celestina, a pesar de su inmoralidad – yo era un muchacho muy moralista – me gustó bastante. Sin embargo, no entendí hasta mucho después su sentido profundo. ¿Por qué un joven guapo y noble se enamora de una joven hermosa y rica sin acudir a su padre para pedirle la mano, el pie y el resto del cuerpo? Fin de la historia. Yo no conocía el trasfondo del rechazo de los cristianos viejos hacia los cristianos nuevos, los conversos del judaísmo. El amor casi todo lo puede.

En el último curso del bachillerato escogí como optativas la literatura y las matemáticas. Las brasas de mi primer amor no se habían apagado. El jefe de estudios me llamó a capítulo a su despacho para amonestarme con cierta severidad paternal: “Ésa es una decisión absurda, arrepíentase y vuelva al camino de la cordura. ¿Va usted a ciencias o humanidades?”. Sin embargo, lo absurdo era ofrecer una posibilidad imposible de cumplir al no poderse cuadrar los horarios. Y así, entre apocado y arrogante, me atreví a responder: “¿Y si quiero hacer arquitectura?”. Claro está, no pensaba ni mucho menos construir

catedrales.

3

Acabado el bachillerato (donde aprendí en Latín que esto es un ablativo absoluto) pasé a la universidad. Yo había aprobado – milagro de la virgen del Pilar – unas oposiciones para un Colegio Mayor situado en la huerta de Valencia. Era una institución célebre para estudiantes aventajados, demasiado aventajados. Yo tenía vocación intelectual, pero mi vocación no era ser “el mejor de todos” - no podía ni quería – sino, como dice Píndaro, “llegar a ser el que ya soy”. ¿Lo he conseguido? ¿He quedado por debajo de mí mismo? ¿Soy yo mi mejor yo? Carezco – no sé si es bueno o malo – de ambición. Cuando quiero competir conmigo me dejo vencer. “Anda, corre, llévate tú el premio”.

La universidad me desilusionó bastante. Yo creía entrar en el Templo de la Sabiduría y me encontré con una fábrica de expedición de títulos. Y tanta inflación de universitarios, hinchazón de los tiempos, provocaba lo que ya un médico del siglo XIX llamó “proletarios de levita”. Una buena parte de los profesores ejercía la docencia “pro pane lucrando”. Si alguna vez, siendo jóvenes, sintieron la necesidad de convertir la cultura en evangelio, se cansaron luego de clamar en el desierto. Hoy sería mucho más comprensivo. No los culpo y hasta me pondría a venderles indulgencias. Puedo entenderlos bien. ¿Acaso no me sucedería lo mismo?

Tras subir de curso en curso hasta el final de la carrera tuve que bajar de peldaño en peldaño hasta la calle. Además de aprender gramática, debía también aprender a llenar el estómago. Decía santa Teresa que Dios se halla igualmente entre las ollas del convento. Valga esta erudición innecesaria para señalar que mi primer empleo tras salir de la universidad fue lavar cacerolas y platos. Esta cura de humildad, como si fuese un sanatorio, tuvo lugar en un hotel de Suiza. Allí aproveché para visitar la biblioteca municipal y dar un la-

metón a la cultura francesa, un lametón tan fino como una crêpe. Compré algunos libros, muchos que no he leído o bien lo hice a tercias. Entre los “completados” estaban Pascal, Montaigne, Rousseau, Lammenais y, ya más moderno, el historiador de las ideas Paul Hazard, cuyo estilo me agradó mucho.

Los azares de la vida me devolvieron a la tierra de los azahares. La primera vez que vine a Valencia fue para presentarme a las oposiciones ya dichas antes y mi primera impresión fue contemplar ese mar de naranjas perfumadas vistas desde la ventanilla del tren. Trabajo entre libros y digo bien “entre” porque no entro dentro de ellos. Al menos se me impregna un poco de su contenido entre las yemas de los dedos. De portada en portada, algo cae en la saca. En cualquier caso, he adquirido en la biblioteca donde yo, tan desordenado, debo ordenar, una cultura religiosa que no poseen la mayor parte de los feligreses. Vete a preguntarles a muchos de misa diaria sobre qué piensan de la “Cláusula Filioque” y, con ojos pasmados, exclamarán: “¿Filio... qué?”.

Yo era un niño llorón y religioso. Sigo siendo llorón. En mi primera comunión derramé tantas lágrimas como la Magdalena, pero no esa “madelaine” de Proust de la que todos hablan sin haberla mojado nunca en la taza de café. Cierta persona, bastante anticlerical, me decía que la religión había hecho mucho daño en el mundo. Y no es cierto, el daño ha sido causado por la patología de la religión, ese fanatismo “a lo divino” y que no es sino la variante de cualquier otro fanatismo. Siempre he tenido con el salmista al ateo confeso como un necio. La negación de Dios es un dogma inverso propio de la arrogancia intelectual. El creyente, como dice su mismo nombre, se limita a creer. No afirma, es humilde. Tiene fe y esperanza en que su creencia sea cierta. La razón nos dice que Dios es posible, pero tampoco está al fondo de un silogismo como sostiene un sistema filosófico, uno de tantos, y que la Iglesia ha tomado como su doctrina oficial o, cuando menos, como la niña bonita de sus ojos. Tal vez la tragedia del incrédulo sea querer creer sin lograr conseguirlo. O dicho de otro modo: sentir la necesidad de rezar sin saber ante quién arrodillarse. En palabras del agnóstico Machado: “siempre buscando a Dios entre la niebla”. Y quien busca ¿acaso ya ha encontrado?

Sería inmoral ser cristiano sin aceptar el dogma del infierno. Si se me ofreciera entrar en el paraíso mientras a mis padres, hermanos y amigos se les cerrase las puertas, yo respondería: “Me quedo fuera. O todos o ninguno”.

Aquí lo dejo.

Pablo Galindo Arlés

21 de junio de 2023